

anterior, el texto confunde e identifica a Wiraqocha con Manqo Qhapaq, haciendo al primero el iniciador de “seis o siete” gobernantes.

No deja de ser extraña esta última confusión; en otra oportunidad llamé la atención sobre la identidad entre Pachaquti y Manqo Qhapaq en las crónicas, en tanto que ambos funcionaban como arquetipos fundadores y héroes solares (1973: 62), pero no hay que olvidar que la “lista dinástica”, hasta antes de Pachaquti, suponía asimismo una identidad con Manco Cápac.

Hay más información religiosa, por cierto, en el texto de La Gasca, sobre todo vale la pena precisar la distinción entre costa y sierra, resultante en el conflicto entre el Sol, dios del Cuzco impuesto por los incas, y Pachacámac, dios costeño (9v).

Franklin Pease G.Y.

KLAIBER, Jeffrey L., S.J. *Religion and Revolution in Peru, 1824-1976*. University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1977, XII, 272 págs.

En muchos aspectos este libro recuerda uno de Jacques Lafaye *Quetzalcoatl & Guadalupe: the formation of Mexican National Consciousness, 1531-1815*. (ahora en edición española *Quetzalcoáte y Guadalupe. La formación de la Conciencia nacional en México*, Fondo Cultural Económico, México 1977, 483 págs.). Aun cuando más modesto en sus objetivos, Klaiber, al igual que Lafaye, busca demostrar como las creencias religiosas y los valores políticos, particularmente a nivel de la cultura popular, están inextricablemente vinculados y entrelazados en la sociedad hispanoamericana. También al igual que Lafaye, elige, no por casualidad, estudiar un país de Indoamérica, el Perú, donde, como en México, el rico mosaico de creencias religiosas y populares está particular y profundamente enclavado en la conciencia popular. Al ser un jesuita que, debido a su formación y antecedentes en el Perú es capaz de proporcionar una penetración y perspectiva única del problema, Klaiber se apresta a “examinar la interacción entre la perspectiva del mundo religioso de la élite reformista y las clases más bajas del Perú desde el período de la independencia en 1824 hasta incluso el gobierno militar reformista que asumió el poder en 1968” (p. 5).

Klaiber comienza demostrando como los liberales reformistas del siglo XIX no sólo tendían a ser marcadamente anticlericales, sino también profundamente predispuestos contra las formas y expresiones populares de religiosidad. En este sentido y dentro de su concepción del Cristianismo, los liberales como Vidaurre, Vigil y otros no eran tan diferentes de sus contrapartes conservadoras. Por cierto que, como parte integrante de las élites gobernantes ellos también veían ai

Cristianismo como una ideología que legitimaba el orden establecido.

No fue hasta que la explosión demográfica y el problema social convergieron en la dura prueba de la modernidad que siguió a la Guerra del Pacífico que, según Klaiber, la amplia brecha entre las élites liberales y las clases populares empezó a cerrarse. Gradualmente, comenzando con González Prada y los indigenistas pero más plenamente con José Carlos Mariátegui y la generación de 1919, las clases populares —los campesinos indígenas y los mestizos urbanos— comenzaron, en efecto, a penetrar en la conciencia de los reformadores y a forzarlos a repensar sus programas para reformar la sociedad. Más aún, deseosos de movilizar a las masas para sus propios fines, los liberales reconocieron cada vez más la importancia de la religiosidad popular y el uso de sus símbolos, formas y lenguaje para comunicar su creciente mensaje social. Conforme las élites reformistas y las masas finalmente se acercaron en el siglo XX, fue el APRA la que primero se sirvió con éxito del catolicismo popular como medio para forjar de las masas de mestizos urbanizados un movimiento político popular perdurable. En uno de los capítulos más sugerentes del libro, Klaiber demuestra por primera vez, cuidadosa y exactamente cómo los apristas, herederos del anticlericalismo del siglo XIX, convirtieron su movimiento en una cruzada cuasi religiosa durante la persecución del partido entre 1931 y 1945. Al hacerlo añade una dimensión nueva e importante a nuestra comprensión de la durabilidad y longevidad del Aprismo.

Klaiber concluye su análisis demostrando que, en épocas recientes, las élites liberales del APRA, los militares y la iglesia todos han buscado comunicar sus mensajes de reforma social moderna invocando el simbolismo tradicional de las masas andinas. De los tres pienso que sólo la iglesia ha tenido éxito en “llegar a la situación de vida de las clases marginales”. Y así se cierra en una nota inconfundiblemente partidista, sosteniendo elocuentemente que sólo la iglesia liberal, guiada por la ideología social del Vaticano II, puede tener éxito en unir la división entre la tradición y la revolución en los Andes peruanos. Si bien esta conclusión puede ser debatible, no se puede negar que Klaiber ha producido un libro que es tanto una excelente historia intelectual como una magnífica antropología política.

Peter Klarén